

ción de la denuncia del agiotaje) y ambos en el periódico de Brissot, *Analyse des papiers anglais* (*Análisis de los documentos ingleses*), en el que encomiaron la monarquía inglesa. Tranquilizaron á los banqueros, á los capitalistas y á los pequeños rentistas, á quienes espantaba la ruina súbita de los valores reales, convenciéndoles de que el triunfo de los Nacionales sería la salvaguardia de sus intereses; y la idea de la igualdad ante el impuesto y la esperanza de mejoras sociales atrajeron al partido á los obreros y á los campesinos.

La situación presentaba graves síntomas: habíase visto á gobernadores parlamentar con los amotinados; entre los funcionarios, unos hacían traición y otros se mostraban reservados; y los intendentes esperaban inertes los acontecimientos, teniendo ahora que contar con las asambleas provinciales que los habían despojado de una parte de sus atribuciones y que acometían grandes reformas en el reparto de los impuestos y en materia de caminos y beneficencia pública. Las asambleas parroquiales constituían agrupaciones sólidas en la masa campesina, á la que revelaban el secreto de su fuerza, y las ciudades se agitaban para recobrar sus libertades. Y en tanto el gobierno, incapaz de imponer sus voluntades á la antigua magistratura é impotente para reclutar la nueva, dejaba en suspenso el ejercicio de la justicia. La vida civil quedó paralizada; Francia dejaba de llenar las funciones de un Estado organizado.

Con la paralización de los negocios, disminuyó el producto de los impuestos de consumo, de los derechos de escribanía y del papel sellado; los monopolios y las aduanas se resintieron también de los progresos del fraude, del contrabando y de la venta ilícita de la sal, y los impuestos directos, el pecho, la capitación y las vigésimas se recaudaban difícilmente, habiendo cesado en absoluto la recaudación en las provincias sublevadas. El déficit todavía aumentó con los gastos que exigía la guerra civil y, según una memoria publicada por Brienne en marzo de 1788, el déficit del Tesoro ascendía, en cifras redondas, á ciento sesenta millones; y aunque de éstos había que descontar setenta y seis y medio correspondientes á reembolsos previstos y veintiséis y medio de economías realizadas, economías que se confiaba en aumentar, de todos modos no dejaba de quedar un déficit permanente de cincuenta y ocho millones. Durante nueve meses, Francia vivió del empréstito de ciento veinte millones emitido en noviembre de 1787.

El gobierno se daba cuenta de la imposibilidad de mantener el orden. El ejército estaba descontento; los sargentos se lamentaban de verse excluidos de los grados, y unos dimitían, y los que se quedaban en el regimiento estaban dispuestos á abrazar la causa de la nación; y en cuanto á los oficiales mostrábanse indignados contra el gobierno que, por un reglamento de 17 de marzo de 1788, dispuso que para llegar al grado de oficial general sería preciso pasar por el de coronel. Hasta entonces un oficial podía ascender á brigadier sin haber sido coronel, grado éste sólo accesible á los oficiales que contaban con bastantes influencias en la corte para obtener un regimiento del favor del rey ó que eran bastante ricos para comprar uno; pero en virtud del nuevo reglamento el acceso al generalato quedó limitado casi exclusivamente á la nobleza cortesana. Los campos de instrucción formados en Saint-Omer bajo las órdenes

de Condé y en Metz bajo las de Broglie eran centros de agitación, y finalmente folletos revolucionarios hablaban á los soldados de sus derechos cívicos y los exhortaban á no disparar contra el pueblo, y á los cuarteles aflúan periódicos y libelos sin que nadie se opusiese á ello. En Rennes, algunos soldados se indisciplinaron y varios oficiales dimitieron para no tener que combatir la rebelión, y en Grenoble los oficiales de la Real Marina no ocultaron sus simpatías por los sublevados. Habiendo querido Brienne impedir que los Estados del Delfinado se reunieran, la nobleza delfinesa había advertido al mariscal de Vaux que acudirían á Vizille aquellos de sus miembros que fuesen allí llamados, y el mariscal, á su vez, había manifestado al ministerio que no podía contarse ya con los hidalgos y, por ende, con los oficiales: «Cuando toda la nobleza de una provincia—había dicho—ha declarado que celebraría una asamblea, la celebraría aun delante de las bocas de los cañones.»

El prestigio de la monarquía iba desvaneciéndose; Luis XVI, acusado por unos de ceguera y por otros de torpeza, inspiraba lástima, desprecio ú odio, y aunque no comprendía toda la gravedad de la crisis, mostrábase de cuando en cuando alarmado y se le veía triste y aun llorar en algunas ocasiones. La reina, llamada al Consejo á petición de Brienne, tenía algunas veces ideas justas, pero era inconstante en ellas; además, su popularidad estaba irrevocablemente perdida.

Los soberanos ni siquiera estaban seguros de los príncipes de su familia: la actitud del hermano del rey era casi la de un pretendiente; la del duque de Orléans, la de un enemigo declarado, y madama Adelaide censuraba las decisiones del ministerio y, de acuerdo con el duque de Penthièvre, ofrecíase como mediadora cerca de los parlamentos.

Los ministros, atacados por todo el mundo, no sabían siquiera en unirse. Brienne sólo se sostenía merced á la intriga y á la protección de la reina; Lamoignon procuraba usurparle su puesto, y Breteuil, que había aconsejado con insistencia el golpe de Estado contra el Parlamento, reñía con Lamoignon, secundábale tíbicamente y al fin presentaba la dimisión en 25 de agosto de 1788 y por venganza excitaba á Rulhière á publicar libelos contra sus antiguos colegas. El gobierno veíase apoyado únicamente por algunos funcionarios leales, por unos cuantos generales viejos y por un grupo de publicistas, entre los cuales estaban Morellet, Rivarol y Linguet; pero Rivarol le comprometía con su ingenio y Linguet con sus panegíricos del despotismo.

Sólo después de algunas vacilaciones decidíéronse Brienne y Lamoignon á buscar la alianza del tercer estado: «Los privilegiados—parece que dijo Lamoignon—se han atrevido á resistir al rey; pues bien, antes de dos meses no habrá parlamentos, ni nobleza, ni clero.» El día 5 de julio publicóse el decreto del Consejo que anunciaba la convocación próxima de los Estados generales, sin fijar fecha; á los funcionarios municipales de las ciudades y comunidades y á los funcionarios de las diversas jurisdicciones se les encargaba que buscasen en sus archivos todos los documentos concernientes á convocaciones de Estados generales y los remitiesen sin demora al ministro de la Justicia, y al

mismo tiempo se pedía á «todas las personas instruidas del reino» que enviasen «datos» ó «memorias.» En el preámbulo del decreto decíase que nada atestiguaba «de una manera positiva la forma de las elecciones, ni tampoco el número y la calidad de los electores y de los elegidos» y que el rey quería, en lo posible, «acercarse á las formas antiguas,» pero sin renunciar á «suplir el silencio de los documentos.» El decreto terminaba así:

«Su Majestad... se pondrá en condiciones de deter-

de los fondos de las víctimas del pedrisco, de la Caja de los Inválidos, de los hospitales y de los teatros. Y agotados todos los recursos, suspendió, el día 16 de agosto, los pagos del Estado por seis semanas, anunciando que, pasado este tiempo, los reanudaría en parte en dinero y en parte en billetes de Estado depreciados. Tal disposición era la bancarota, por lo que la emoción pública fué grande. Por otra parte, los privilegiados estaban alarmados por el modo cómo habían sido anunciados los Estados generales y por la amenaza



Madama Adelaide, tía de Luis XVI. (Cuadro de Nattier, Museo de Versalles.)

minar de una manera precisa lo que debe hacerse para la próxima convocación de los Estados generales y para que su asamblea sea tan nacional y tan general como ha de ser.»

Entonces apareció un diluvio de escritos en los cuales se criticaban todas las instituciones, se inquirían los límites de los derechos de la nación y de los del rey y cada cual se creía llamado á hacer que la convocación de los Estados generales fuese «nacional» á su manera. «Cuando habría sido necesario—dicen las memorias de Weber—calmar y contener, irritáronse todas las pasiones y abrióse un campo ilimitado á una libertad sin freno.»

Un mes después, el 8 de agosto, un edicto suspendía la Asamblea plena, cuya inutilidad se reconocía, y convocaba los Estados generales para el 1.º de mayo de 1789.

Mientras no se reuniesen los Estados, el ministerio sólo podía vivir de expedientes, habiendo echado mano

de no atenerse para ello necesariamente á las «formas antiguas.» El partido nacional apenas agradeció al ministerio el edicto de 8 de agosto, ya que después de tantas vacilaciones, la convocación para una fecha tan próxima parecía inspirada por el miedo. Nadie tenía confianza en el primer ministro; el hermano del rey, las princesas de la casa real, el conde de Artois y Mercy aconsejaron á la reina y al rey que lo sacrificaran.

Pero el único hombre que podía reemplazarle era Nécker y el rey conservaba sus prevenciones contra él. La reina, en su deseo de que Brienne no saliese del gobierno, buscaba una combinación merced á la cual el arzobispo permanecería en su puesto y se le asociaría un auxiliar, Nécker ó el intendente Foulón. Nécker, que deseaba en gran manera entrar de nuevo en el gobierno, estaba dispuesto á prestarse á aquel plan; pero el rey, instado por su familia, abandonó á Brienne, el cual presentó su dimisión el día 25 de agosto. Entonces Nécker formuló sus condiciones y en vista de que

se trataba de nombrar principal ministro al duque del Chatelet, se negó á subordinarse á un superior. En 26 de agosto fué nombrado director general de hacienda y al día siguiente ministro de Estado; sin poseer el título de principal ministro, iba á serlo de hecho, pues nadie tenía altura suficiente para oponerse á él dentro del ministerio que, en lo sucesivo, quedó formado por Lamoignon, ministro de la Justicia; Montmorín, secretario de Estado en los Negocios extranjeros; Brienne, en la Guerra; Villedeuil, en la Casa del Rey; La Luzerne, en la Marina, y Lambert, contralor general.

CAPÍTULO III

SEGUNDO MINISTERIO DE NÉCKER (AGOSTO DE 1788-ENERO DE 1789) (1)

I. Reingreso de Nécker en el gobierno.—II. Insurrección de los privilegiados.—III. Convocación de los Estados generales.

I.—Reingreso de Nécker en el gobierno

Nécker fué acogido como un salvador y llevó la tranquilidad al ánimo del rey. Luis XVI díjole, según parece: «Hace muchos años que no he tenido un instante de felicidad;» á lo que Nécker hubo de responder: «Dejad, señor, que pase algún tiempo y ya no hablaréis así; todo acabará bien.» La reina mostróse amable con él á fin de desarmar los odios que sobre ella había atraído Brienne, y cuando le recibió, el 26 de agosto, dijo al rey: «He aquí á vuestro mejor amigo.» El conde de Provenza, que, en otro tiempo, había contribuído á derribarle, colmóle de atenciones; y madama Adelaide, el conde de Artois, los príncipes, todos quisieron atribuirse el mérito de su vuelta al gobierno, lo que motivó que Mirabeau escribiese: «He aquí al fin al señor Nécker rey de Francia.» Del nuevo ministro se esperaban «milagros.»

(1) FUENTES. Arch. parlementaires, t. I; *Tablettes de Bernadotte*, t. V; Linguet, *Annales*; Mounier, *Recherches...*; Nécker, *Œuvres*, t. IX y X, ya citados. *Interrogatoires des émeutiers arrêtés le 30 août 1788* (Bibl. Nat. ms. fr. 1100; Col. Joly de Fleury); *Précis exact des événements de Bretagne*, 1.º de febrero de 1789; *Correspondance de la municipalité de Rennes*, diciembre 1788, enero 1789 (Registros de la oficina de la ciudad de Rennes); *Journal de Duquesnoy*, París, 1894, 2 vol.; *Lettres et instructions de Louis XVI au comte de Saint-Priest*, pub. por de Barante, 1845. De Barentin, *Mémoires sur les derniers conseils du roi Louis XVI*, París, 1844. Montlosier, *De la monarchie française depuis son établissement jusqu'à nos jours*, París, 1805, 7 vol. Dumont, *Souvenirs sur Mirabeau*, 1832. Beaulieu, *Essai sur les Révolutions*, París, 1796. Mirabeau (*Lettres du comte de*) á un de ses amis en Allemagne (Mauvillon), 1786-1790, Brunswick, 1792. *Récit de ce qui s'est passé à Lyon le 3 octobre 1788*; *Le despotisme des parlements*; *La mine éventée*; *La passion, la mort et la résurrection du peuple*, folletos de 1788. Serván, *Petit colloque*; *La régénération de la France par les États généraux*. Sieyes, *Qu'est-ce que le Tiers Etat?*, folleto, 1789.

OBRAS DE CONSULTA: H. Carré, *Le conseiller à Epremesnil*; Charavay, *La Fayette*; Cherest; Geffroy, t. II; Gomel, t. II; de Lavergne; de Nolhac; Rabaut, ya citados. Flammermont, *Le second ministère de Necker* («Revue historique», t. XLVI). Duchatellier, *Histoire de la Révolution dans les départements de l'ancienne Bretagne*, París, 1836, 6 vol. Gaullieur, *Le retour du Parlement de Bordeaux*, 1788 («Bull. municipal officiel de Bordeaux», 16 de enero de 1893). Guibal, *Mirabeau et la Provence*, París, 1887-1891, 2 vol. Fournier, *Histoire du Pont-Neuf*, París, 1861, 2 vol. De Ribbe, *Pascalis*, Aix-Marsella, 1854.

Nécker consiguió restablecer el orden por algún tiempo. En París prolongábase la agitación causada por la bancarrota de Brienne, y en la plaza Dauphine los curiales pasearon el maniquí del ministro destituido, le hicieron pedir perdón de sus culpas y lo quemaron. Reforzados por los habitantes de los arrabales, ocuparon las plazas y las encrucijadas, obligando á los habitantes á cerrar las tiendas y á encender luces, y asaltaron la ronda y á los guardias franceses y suizos; en aquellas jornadas, del 27 y del 28 de agosto, hubo varios muertos y heridos. Entonces el comandante Birón ordenó á los guardias franceses y suizos que repeliesen la fuerza con la fuerza y en veinticuatro horas se restableció la calma.

La situación financiera inspiraba más temores que los disturbios; los mejores valores sufrían una depreciación enorme; las acciones de la Caja de Descuentos no encontraban compradores y la muchedumbre afluía día y noche á las taquillas de las cajas. El gobierno no sabía cómo pagar á los rentistas, pues á fines de agosto no había en el Tesoro más que cuatrocientas diez y nueve mil libras, de las que sólo doscientas mil eran en dinero. Nécker desplegó todos los recursos de su habilidad financiera: hizo esperar á los acreedores, prestó al rey dos millones de su fortuna personal, obtuvo del alto comercio y de la alta banca un anticipo de setenta y cinco millones, pidió prestados siete á los notarios de París y tres á los administradores y de este modo pudo hacer frente á las necesidades del Tesoro hasta la reunión de los Estados generales. Gracias á todo esto renació la confianza y á fines de agosto los efectos reales subieron en la Bolsa treinta por ciento en pocos días.

Desgraciadamente, Nécker ninguna enseñanza había sacado de los acontecimientos; hombre de medidas incompletas, contemporizador, fiado en su habilidad y en su suerte, no comprendió que había pasado el tiempo de los recursos mediocres y no tuvo grandes proyectos de reformas políticas. Aunque en teoría era partidario de la monarquía inglesa, no le disgustaba ser ministro de un rey absoluto. Su programa modestísimo puede resumirse en estos términos: sacar partido de las asambleas provinciales y mejorar los diversos servicios administrativos.

II.—Insurrección de los privilegiados

Nécker no era amigo de los parlamentos, pero consideraba necesario restablecerlos para reconquistar la opinión. En 3 de septiembre hizo rechazar por el Consejo el mantenimiento íntegro de los edictos de 8 de mayo de 1788 y se adhirió á un compromiso, según el cual de los diez y seis grandes bailíos de la jurisdicción de París sólo se conservarían tres ó cuatro, y los parlamentos recobrarían el derecho de registrar los edictos hasta la reunión de los Estados generales, pero se acometería desde luego la reforma de la legislación criminal; estas decisiones las anunciaría el rey en una sesión solemne que se celebraría el 15 de septiembre. Los parlamentarios, sin embargo, reunidos en casa de uno de ellos, resolvieron perseverar en su oposición á los edictos, aun después de modificados. El 14 de septiembre, Lamoignon fué sacrificado á la política de conciliación, recibiendo doscientas mil libras para pagar sus deudas, que

importaban un millón novecientas mil, y la promesa de una gran embajada y de un título de duque para su hijo. Lamoignon entregó los sellos á Barentin, primer presidente del Tribunal de Subsidios, un «maniquí,» como se decía, ignorante y falto de inteligencia.

La idea de la sesión solemne presidida por el rey fué abandonada y el gobierno amnistió á los nobles y á los magistrados desterrados ó encarcelados con motivo de los edictos de mayo y de los disturbios por éstos producidos, y restableció los parlamentos en su estado anterior. Pero para anunciar su desistimiento, adoptó un tono belicoso; en efecto, en la declaración que hizo leer en el Parlamento el 23 de septiembre, día en que entró de nuevo en funciones este tribunal, el rey afirmaba su voluntad de disminuir los gastos de los pleitos, de simplificar las formas del procedimiento y de aproximar la justicia á los litigantes, y añadía que aplazaba «sus últimas resoluciones hasta la celebración de los Estados generales,» que se reunirían en el mes de enero de 1789. A pesar de que el monarca había ordenado que se guardara silencio sobre el pasado, el abogado general Seguier no dejó de pronunciar un discurso contra los edictos de mayo.

Después de la desgracia de Lamoignon, cuya fama de enérgico contenía al populacho, habíanse reproducido en París los desórdenes, más graves aún que antes. Los dependientes de la curia, á quienes se habían unido obreros sin trabajo agriados por la miseria, mendigos y gentes sin oficio ni beneficio, derribaron aparadores de tiendas y quemaron en efígie al ex ministro de la Justicia, cuyo palacio, lo mismo que el de Brienne, estuvo á punto de ser incendiado. También intentaron incendiar la casa del comandante de la ronda, la cual fué atacada á pedradas y á garrotazos, y quemaron garitas de centinelas y cuerpos de guardia. Los soldados, al fin, perdieron la paciencia y, después de las oportunas intimaciones, acuchillaron á los amotinados. El desorden había durado dos semanas, desde el 16 al 28 de septiembre.

El Parlamento había promulgado, el día 24, un decreto prohibiendo la formación de grupos y los petardos, pero al mismo tiempo había citado al lugarteniente de policía é invitado á Birón, comandante de París, á que se presentasen ambos ante el tribunal para dar explicaciones, y ordenado una información sobre las violencias y los crímenes cometidos en París desde el 26 de agosto, como si, en estos términos vagos, quisiera englobar en una misma inculpación á los amotinados y á la policía. De aquí que los amotinados anunciaran que iban á apalear á la ronda y que unos centenares de granujas sembraran el terror en París y atacaran en la calle de la Harpe á una patrulla de guardias franceses y en el Puente Nuevo á la tropa de policía. El Parlamento acabó por amenazar con perseguir criminalmente á todos los perturbadores, pero para no perder su popularidad, prosiguió su información sobre los excesos policíacos.

Los parlamentos de provincia entraron de nuevo en funciones en octubre de 1788 de una manera triunfal, saludados con discursos por las delegaciones de las jurisdicciones inferiores, los abogados, los procuradores, los ayuntamientos y las universidades, aclamados por la multitud, bajo una lluvia de flores y entre salvas de

artillería y repique de campanas. «El amor llegaba al entusiasmo y la alegría al delirio.» Los parlamentos se embriagaron con estas demostraciones de afecto y de respeto, sin comprender que se les festejaba á causa de su resistencia al ministerio y al rey y creídos de que eran admirados y amados por ellos mismos. Este equívoco no podía durar mucho tiempo. El Parlamento de París, al registrar, en 25 de septiembre, la declaración del 23, había expresado, á propósito del artículo que ordenaba la reunión de los Estados generales, el deseo de que éstos fuesen «regularmente convocados y compuestos, y ello según la forma observada en 1614,» es decir, que cada orden tuviese igual número de diputados. Pues bien: lo que se esperaba no era una reedición de los antiguos Estados; queríase una Asamblea nacional, como había dicho La Fayette. Todos los que hasta entonces habían podido hacerse alguna ilusión vieron cuán impregnado de estrecho conservadorismo estaba el Parlamento, y la popularidad de éste desvaneciése para no renacer jamás. Los Nacionales pidieron que en las futuras elecciones el tercer estado no pudiera elegir á nobles, lo que equivalía á excluir á los parlamentarios, ya que éstos eran ennoblecidos, siendo de esperar que la nobleza, por su parte, no elegiría á «gollillas,» y que, por ende, los parlamentos no tendrían representación en los Estados.

La cuestión de la convocación de los Estados generales comenzaba á preocupar al gobierno. Tratábase principalmente de saber si se concedería al tercer estado la doble representación; Nécker era partidario de esto, pero estaba harto preocupado en contemporizar con todo el mundo para imponer sus preferencias y, en su consecuencia, pensó en consultar sobre este asunto á los Notables de 1787 á quienes de nuevo reunió en Versalles el día 6 de noviembre. Por lo demás, abstúvose por prudencia de declarar su opinión y la comisión que presidía el conde de Provenza adoptó, por un voto de mayoría, la solución deseada por el gobierno; pero todos los demás fueron de parecer de que los diputados fuesen elegidos á razón de uno por orden y bailío y, á fin de oponer á las clases ilustradas las masas ignorantes y dependientes, pidieron la votación pública y el derecho de sufragio para los criados, mozos de labranza y lacayos. Esta intransigencia de los Notables fué una decepción para Nécker y aumentó en la nación el descontento contra los privilegiados.

Éstos tomaron la ofensiva, y el día de la sesión de clausura de la reunión de Notables, el 12 de diciembre, el conde de Artois y los Condé entregaron al rey una memoria en la que protestaban contra los «nuevos sistemas» y le suplicaban que no «sacrificase ni humillase á esa valerosa, antigua y respetable nobleza que tanta sangre ha derramado por la patria;» á lo cual replicó el publicista Cerutti: «¿Por ventura era agua la sangre del pueblo?» Los príncipes denunciaban en la misma memoria «un sistema de insubordinación razonada y de menosprecio de las leyes del Estado,» y añadían que había motivos para temer disensiones civiles... si los derechos de los dos primeros órdenes sufrían alguna alteración.» Esta amenaza, apenas disfrazada, provocó el odio del pueblo contra los príncipes.

En las provincias, la aristocracia se opuso en todas partes á la doble representación y al voto por cabeza.